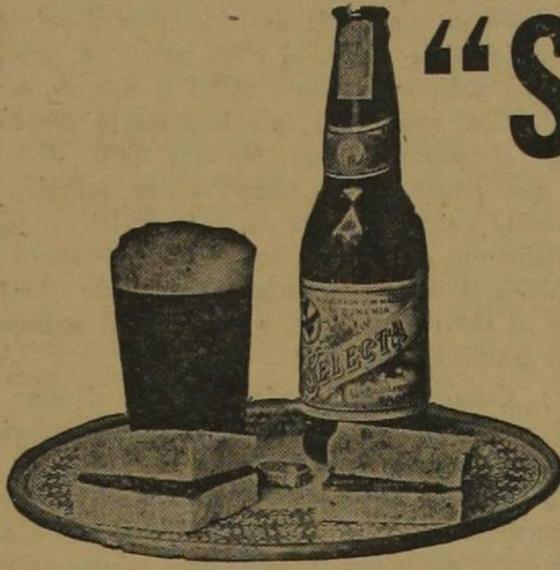


der capaz de autorizar los fondos para dicho servicio diplomático. Por lo demás, cualquier nombramiento de Embajador requiere la confirmación del Senado en los Estados Unidos. Una Legislatura y un Senado predominantemente protestantes rechazarían seguramente un proyecto así. En consecuencia, de hacerlo, era necesario pasar por encima del Congreso.

Hay que recordar la fecha: fines del verano de 1939. Amenazantes nubes de guerra cubrían el horizonte de Europa. El momento oportuno para el establecimiento de un acuerdo entre los Estados Unidos y el Vaticano estaba a la vista. ¿Quién podía objetarle a Roosevelt, el "amante de la paz", que se uniera al Papa para salvarla? No había tiempo que perder. Roosevelt recurrió a un subterfugio muy suyo. Para evitar el Congreso, se dirigió al Papa, el 23 de diciembre de 1939, solicitándole su asentimiento para enviar "un representante personal" al Vaticano. Para este nuevo puesto sin precedentes escogió al multimillonario Myron Taylor, ex-presidente del Consejo financiero de la United States Steel Corporation. Como Taylor no iría a ser un Embajador propiamente dicho, no era necesario el asentimiento del Senado para nombrarlo. Y como la comitiva podía pagarse con facilidad sus gastos, no había para qué solicitar fondos al Congreso.

Myron Taylor se fué a Roma en febrero de 1940 para ocupar su cargo diplomático. Era *persona grata* no sólo al Vaticano sino también al régimen fascista de Mussolini. Taylor había sido siempre un admirador del fascismo italiano y creía que un sistema similar debía establecerse en los Estados Unidos. Tres años antes había divulgado su admiración por Mussolini en un banquete del Waldorf Astoria de Nueva York, como representante de la Sociedad Italo-americana y de las Ordenes reales italianas. El motivo fué una fiesta de homenaje al Embajador fascista, Fulvio Suvich. Extasiándose ante la criminal obra del fascismo italiano, Taylor declaró que "todo el mundo se ha visto obligado a admirar los éxitos del Premier Mussolini para disciplinar el país". También aprobó la bárbara conquista de Etiopía, diciendo: "Hoy un nuevo Imperio italiano afronta el futuro y asume su responsabilidad de guardián y administrador de un atrasado pueblo de diez millones de almas". (*New York Times*, 6 de noviembre de 1936). Este era pues el personero que el "demócrata" Roosevelt envió como su representante al Vaticano.

Para el Vaticano el entendimiento con Roosevelt le significó valiosos dividendos cuando Italia hizo su entrada en la guerra. Mientras los aviones aliados devastaban Nápoles, Génova, Turín, Milán y otras ciudades, Roma, con el Vaticano en su centro, veíase libre de ellos. Por importante que fuera esto para la Santa Sede no era más que un aspecto secundario de su entendimiento con el imperialismo americano. Roosevelt y el Papa habían fijado su meta mucho más allá. En carta del 23 de diciembre de 1939, Roosevelt manifiesta al Papa que un "nuevo orden" se aproxima y le dice: "Es bueno que alentemos un entendimiento más íntimo entre todos aquellos que tienen un propósito común, religioso y gubernamental, en cualquier parte del mundo". Roosevelt argüía que deseaba tener un representante ante el Vaticano porque en el período de la post-guerra "era de la mayor importancia que los ideales tuvieran una expresión idé-



"SELECTA"

La Cerveza
del Hogar
EXQUISITA Y SUPERIOR

tica".

A la luz de los acontecimientos de la actual post-guerra no es difícil distinguir el tipo de "nuevo orden" que Roosevelt tenía en mente. No era otra cosa que el viejo, decrépito orden capitalista, resucitado por los gobiernos militares aliados y sostenido por las bayonetas aliadas. El "propósito común" y los "comunes ideales" no eran otros que oponerse a las corrientes socialistas revolucionarias que surgían en Europa; frustrar toda voluntad popular de cambio social y rescatar un sistema infructuoso, pronto a pasar al basural de la historia. Esto sobre todo, fué lo que asoció al Vaticano y al imperialismo yanqui.

Críticos liberales de la política del Vaticano han acusado al Papa de violar la ética y los preceptos del Cristianismo al apoyar a los regímenes fascistas. Han puntualizado también que tal política era de una inconsistencia infinita. Así, por ejemplo, al estallar la guerra el Papa recibe a los soldados italianos para impartirles su bendición y encomendarles que lucharan bravamente hasta dar sus vidas, si era necesario, por la patria fascista. Y luego, al término de la guerra, el mismo Papa celebra a las tropas americanas de ocupación por haber "liberado" a Italia del mismo régimen fascista por el cual había instado a los soldados italianos a rendir sus vidas. A los confundidos representantes del liberalismo les resulta difícil comprender que en los asuntos de la tierra el Vaticano deja de lado los abstractos principios morales. El Papa apoya la Monarquía en un país y la República en otro; hoy el fascismo, y mañana la "democracia". Ahora el Vaticano proclama su oposición al totalitarismo. Hitler y Mussolini no existen ya y es preciso entenderse con los "democráticos" conquistadores de Europa. Esto no impide al Vaticano mantener al mismo tiempo íntimas y cordiales relaciones con la España fascista y alabar a Franco como valeroso defensor del cristianismo. Pues para la Iglesia Católica no existe más que un criterio para determinar su política y elegir a sus aliados: la conservación del capitalismo y el respeto a sus propios bienes por cualquier gobierno.

La actividad "espiritual" de la Iglesia es sólo una máscara detrás de la cual lucha en favor de la burguesía a la que ha ligado íntimamente su suerte. Milita de lleno en la lucha de clases, empleando su autoridad entre sus adeptos para dividir a los trabajadores. Pone al obrero católico frente al obrero protestante y judío. Somete a sus fieles de la clase traba-

ANTONIO URBANO M.
"EL GREMIO"

TELEFONO 2157
APARTADO 480

Almacén de Abarrotes
al por mayor

San José — Costa Rica

jadora al terror ideológico, planteándoles un conflicto entre su devoción a la Iglesia y los problemas vitales de su clase. Ejemplo en ese sentido lo encontramos en la resurrección que hizo durante las recientes elecciones de Francia e Italia, de la encíclica papal, *Quadragesimo Anno*, que contiene la siguiente advertencia: "No se puede ser al mismo tiempo buen católico y verdadero socialista". Y otro ejemplo más elocuente aún fué el discurso radiodifundido del Papa en la primera semana de setiembre de 1944, cuando el capitalismo italiano parecía naufragar en la revolución socialista. Como intérprete del terror que se había apoderado de los gobernantes criminales de Europa y de sus aliados "democráticos", el Papa hizo un frenético llamado a los trabajadores para que respetaran el sistema capitalista de propiedad privada, urgiéndoles a no recurrir a la "subversión y violencia" para poner fin al caduco sistema social causante de todas sus miserias. Dijo que "...cualquier orden social y económico para ser legítimo debe descansar en la base indiscutible del derecho a la propiedad privada. La Iglesia lo ha reconocido siempre así... La conciencia cristiana no puede admitir como verdadero un orden que anula en la práctica o niega en principio el derecho natural de la propiedad de los bienes y medios de producción".

He aquí, pues, cómo se invoca la autoridad de la Iglesia más poderosa del mundo para defender al capitalismo agonizante. Este sistema social putrefacto, a pesar de sus guerras sin nombre y de su miseria social crónica, recibe la sanción divina por intermedio de quien la representa. ¡Malditos sean quienes se mofan de la voluntad del Todopoderoso! ¡Están condenados para la eternidad!